

DÍA 37 - LO QUE ENSEÑAN ESTAS PALABRAS: “PADRE NUESTRO ...”

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [Google Drive](#)]

San Manuel González - Obras Completas, Tomo I - Texto extraído de “**Oremos en el Sagrario como se oraba en el Evangelio**”

904. ¿Qué significan esas palabras con que Jesús comienza la oración modelo de todas las oraciones? Como de la simple lectura se desprende, son:

1.º Un saludo

Si toda oración es conversación afectuosa con Dios, debe empezar, como todas las conversaciones de afecto, por el saludo y la presentación.

¡Padre... que estás en los cielos! (Mt 6,9). Es el saludo con que el Maestro divino de la oración ha querido que comencemos toda conversación con Dios... Es Rey, Señor, Creador, Juez excelso, omnipotente...; la oración lo busca como a Padre. Sobre todas las grandezas y excelsitudes con que vive en los cielos mira a Dios envuelto en la dulce y generosa benevolencia que encierra la palabra Padre, y así lo llama y saluda.

Nuestro. Parte esencial del saludo es la presentación; y esa palabra es la presentación de los interlocutores del Padre Dios. Nuestro Padre, no de los Ángeles, ni de los santos, solo, sino *nuestro*, es decir, de todos los hombres, los santos y los pecadores, los buenos y los malos. Ese *nuestro* equivale a presentarnos al Padre como hijos suyos y hermanos todos unos de otros... Con respecto a Dios, somos los hombres sus criaturas, sus vasallos, sus reos, y sin la Redención de Jesús sus enemigos, y por ella sus hijos de adopción... Ésa es la gran revelación y la gran conquista que nos ha regalado Jesús: el darnos a conocer y tener por Padre el Padre suyo.

¡Qué introducción tan bellamente sencilla para la acción más grande, más noble y más necesaria del espíritu humano, orar! ¡Padre que estás en los cielos! ¡Tus hijos los de la tierra! Los buenos, los malos, ¡tus hijos! ¡Y tus hijos adoptivos presentados por el Hijo natural, por el Hermano Mayor, Jesús!

2.º La esencia de toda oración

905. En la palabra *Padre* está el *fundamento* de la Piedad y de toda oración, a saber: la *confianza* sin cansancio en la misericordia sin medida ni fin de Dios, como Padre en toda la extensión del sentido de ese nombre, el más grande en los cielos y en la tierra..., o sea, confianza en Dios Autor, Conservador, Providencia, Médico, Perdonador, Remunerador, Consejero, Consolador, Amigo...

En la palabra *nuestro* está la *condición* esencial de toda oración, a saber: *el amor a los hermanos*, empezando por el Mayor, Jesús...; ese pedir todos para todos es no excluir a ningún prójimo de mi amor. ¡Ah, sí nos fijáramos un poquito en ese carácter colectivo, familiar, fraternal, que Jesús en su Evangelio, y la Madre Iglesia en su liturgia dan a todas sus oraciones! ¡Cómo no

nos sentiríamos tan alejados y tan despegados los unos de los otros! ¡Cómo se cumplirían mejor los dos preceptos fundamentales a que se reduce toda la ley moral: amor a Dios sobre todo y amor al prójimo como nos amó Jesús!

En la palabra "que estás en los cielos" está el *premio definitivo* de toda oración: ¡Los cielos! ¡La glorificación suma de Dios y la suma felicidad del hombre! ¡No es esa, en definitiva, la aspiración de todo el que ora bien, como de todo el que obra bien?

3.º El punto de partida, camino y llegada del alma que ora

906. También bajo ese aspecto pueden considerarse esas palabras de introducción de la reina de las oraciones.

Si la vida del hombre es un viaje no sólo de la cuna al sepulcro, sino del tiempo a la eternidad, del destierro a la Patria, esas palabras del Maestro de toda verdad y de toda buena oración, enseñan el *punto de partida* del viaje, en la palabra *Padre*; o sea, que hemos de partir cada día y en cada obra de la *confianza en la misericordia* del Padre Dios: en la palabra *nuestro*, que hemos de andar siempre por el *camino del amor* a nuestros prójimos como a hermanos nuestros e hijos de un mismo Padre; y en la palabra *que estás en los cielos*, que, partiendo de aquella *estación* y no extraviándonos de este camino, estemos ciertos de que llegaremos a la *estación* gloriosa de la patria celestial.

A la luz de estas verdades, tan rudimentarias como poco meditadas, ¡cómo desaparecen las complicaciones y dificultades, al parecer insuperables, que ponen las almas a pretexto de ignorancia, ocupación o ineptitud para no orar! ¡Qué hermosa simplicidad la de la doctrina del Maestro!

907. ¿Qué es orar?

Hablar en nombre de Jesús con corazón de hijo necesitado y de hermano que ama a todos sus hermanos con el Padre Dios, pidiéndole cielo o cosas que nos lleven a él o no nos aparten de ganarlo.

¡Que el Espíritu santo, Agente supremo de toda oración, derrame raudales de luz sobre los cristianos para que se den cuenta de su "Padre nuestro que estás en los cielos" y se multipliquen los ejércitos de la buena oración!

La palabra "nuestro" en el Evangelio

908. Ese pedir unos por otros al Padre de todos, ¡qué abundante y espléndidamente está comprobado en el Evangelio! Esa es precisamente la eficacia asombrosa de

La intercesión

Uno de los puntos de vista más interesantes para penetrar y contemplar las intimidades del Corazón de Jesús y recrearse ante un mundo de maravillas y encantos es lo fácil que se muestra en el Evangelio a la intercesión.

El Evangelio enseña que no eran siempre los necesitados de milagros los que pedían y obtenían, sino que unas veces no eran pedidos, aparentemente al menos, y otras veces, quizá

las más, aquellos milagros y aquellas grandes curaciones eran solicitados y alcanzados por un mediador, pariente, amigo o simplemente un compadecido del doliente.

Asimismo consta que no eran siempre santos, ni aun leales de Jesús, los que se acercaban a abogar por otros.

El secreto de la intercesión

909. Tratando de descubrir el porqué de ese proceder de Jesús, ¡qué misterios de misericordia, qué milagros de condescendencia, qué delicadezas tan divinamente humanas y tan humanamente divinas se encuentran!

Yo invito a las almas sedientas de secretos y de intimidades del Corazón de Jesús en su vida de Sagrario a que repasen y saboreen esos milagros de la intercesión y les aseguro una cosecha óptima de sorpresas y aspectos y saboreos de su amor insospechados, sobre todo si en esas intercesiones tan eficaces reparan en la desproporción tan enorme entre el ruego, la advertencia o el simple aviso del intercesor y la respuesta de poder, de amor, de docilidad, de todo un Dios-Hombre.

No se lee que jamás rechazara la intercesión de amigos; en cambio llegaba hasta obedecerlos con la fidelidad de un criado que va detrás de su señor a lo que mande.

¡Cuántas veces expone el evangelista la respuesta de Jesús a alguna petición que se le hacía en favor de otro, con estas palabras: "Jesús se ponía a seguirlo"...! (Mt 9,18-19; Mc 5,22-24; Lc 7,2-6)

Y cuando la intercesión era desordenada, en vez de rechazarla, la rectificaba y rectificada la concedía. ¡Que lo diga la mujer del Zebedeo! (Mt 20, 20-28).

Entremos, almas de Sagrario, en esas intimidades de Jesús y en esos secretos para obtener de su Corazón cuantos favores queramos y necesitemos.

Continuemos desentrañando el secreto de la eficacia de la oración que se hace a Jesús por intercesión y por medio de otro. ¿Por qué hacía tanto caso de esas peticiones?

En lo que no estaba el secreto

910. Desde luego, ni que decir tiene que el secreto de la intercesión ante Jesús no es el secreto de muchas, muchas intercesiones ante los poderosos de la tierra. ¡Cuántas historias de injusticias, de favoritismos irritantes, de apasionamientos exaltados, de medros y sobornos hipócritas envuelven no pocas veces lo que en lenguaje humano se llaman *recomendaciones e influencias!*

No, esas recomendaciones e influencias al estilo de la tierra no valieron jamás ante Jesús, ni le hicieron mover un solo dedo, ni le arrancaron un solo gesto de simpatía o benevolencia.

Un caso entre mil

911. Va Jesús, en los comienzos de su vida pública, a Nazaret, *a su ciudad*, como la llama el Evangelio, y del contexto de esto se deduce que sus paisanos y, sin duda, los más influyentes

de la sinagoga le piden que les haga milagros, no por la necesidad que tenían de ellos o por el deseo de verlo glorificado entre los suyos, sino por un móvil tan ruin y bastardo como el de rivalidades de pueblos vecinos, a saber: el de no ser menos que Cafarnaúm y otros pueblos de Galilea, en los que habían oído decir los había obrado tan estupendos.

¿Qué responderá Jesús? ¿Se dejará llevar del aura popular, del afán de bienquistarse con los poderes de su pueblo, de la tendencia tan humana de trocar el amor bueno a la patria chica, o grande en pasión sectaria por el propio pueblo y odio exaltado contra los demás?

No; predica, da a conocer a chicos y a grandes su Persona y su misión, y cuando las iras excitadas por el despecho lo tratan de precipitar desde lo alto del monte, "*pasando con serenidad majestuosa por medio de ellos, se iba...*" (Lc 4,30).

En lo que estaba el secreto

912. El elemento que se encuentra en todas las intercesiones con fruto ante Jesús, es siempre éste: *olvido de la propia necesidad*.

Meditad todos los casos de intercesiones del Evangelio, y siempre veréis en las razones que se alegan el bien de otro, y jamás el bien propio.

Nunca se le da esta razón: cura a este enfermo o resucita a este muerto porque me hace falta a mí, a mi gusto, a mi comodidad, a mi utilidad.

En cambio, se le dice muchas veces: Cura a mi criado, porque sufre mucho; sana a mi hija, porque está atormentada del demonio; el que amas, está enfermo...

¡Siempre lo mismo: el intercesor arrodillándose ante Jesús, cerrados los ojos, la memoria y la boca y el corazón para las penas propias, y abiertos sólo para la pena ajena! ¡Siempre la eficacia del *nuestro*, del pedir unos por otros del Padre nuestro!

¡Bendito, generoso y fecundo olvido propio de la intercesión! ¡Cuántas veces has abierto las puertas del Corazón de Jesús en el Evangelio y en el Sagrario!

¡A cuántos milagros de su misericordia has abierto y preparado el camino!

¡Madre querida!... ¡Que no nos cansemos!
¡Ave María y adelante!